

CUATRO ACADÉMICOS DE LA HISTORIA

LUIS VÁZQUEZ DE PARGA E IGLESIAS (1908-1994)

Los medievalistas españoles han tenido con frecuencia una gama amplia y variada de intereses y campos de investigación hasta que, en los últimos tiempos, se ha producido un aumento de la especialización que, si tiene ventajas, también muestra inconvenientes dañinos para la comprensión global de nuestra época de estudio. D. Luis Vázquez de Parga no los padeció, y así lo muestra la pluralidad temática de su obra escrita y, más aún, la de sus intereses y aficiones intelectuales y la riqueza de una carrera profesional hecha en tiempos donde casi todo era más difícil. Ambos aspectos lo acreditan como un humanista genuino pero no podremos contemplarlos en esta breve reseña, salvo para indicar que fue, desde 1930, miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos —cuando las tres ramas o especialidades estaban unidas— y como tal trabajó en el Museo Arqueológico Nacional y, desde 1967, en la Biblioteca Nacional. Formó parte, también, de la Escuela de Estudios Medievales del Instituto de Historia «Jerónimo Zurita» del C.S.I.C. desde su fundación, y de la Real Academia de la Historia a partir de 1973.

Casi toda su obra escrita se refiere a cuestiones altomedievales, entre mediados del siglo VI y mediados del XII. Como arqueólogo destacan, entre sus muchas excavaciones, las hechas en Recópolis y en diversos yacimientos de Navarra¹, así como los numerosos informes y descripciones publicados en *Príncipe de Viana*, *Archivo Español de Arqueología* y *Memorias Museos Arqueol.* Como historiador del arte altomedieval, publicó en *Archivo Español de Arte* y otras revistas², colaboró en Congresos internacionales, tradujo del alemán la fundamental obra de W. Weisbach³, y destacó en el conocimiento de la miniatura pre-románica de los *Beatos*⁴. En su época de académico hizo, además, valio-

¹ «Studien zu Recopolis Die Archäologischen Funde», *Madridrer Mitteilungen* 8 (1967), 259-280.

² Por ejemplo, «El claustro de la catedral de Pamplona», *Príncipe de Viana*, XXV (1946).

³ W. WEISBACH, *La influencia de Cluny en el románico occidental*, Madrid, 1949.

⁴ V. sus comentarios en *Beato de Fernando I y Sancha*, Parma, F. M. Ricci, consecuencia de trabajos anteriores más amplios.

sos informes para la declatación de muchos edificios de nuestro país como monumentos histórico-artísticos.

Fue un latinista excepcional. Muchos dimos los primeros pasos en el aprendizaje del latín medieval guiados por la antología y los comentarios que él publicó⁵. A esta faceta de su saber se debe la amplísima —e inédita en gran parte— colaboración en el *Repertorium Fontium Historiae Medii Aevi*⁶, que llevó a cabo en el C.S.I.C. y, en gran medida, sus conocimientos sobre la Biblia en el alto medioevo asturleonés⁷.

En sus primeros tiempos, como discípulo de don Claudio Sánchez-Albornoz, se interesó por el estudio de los fueros, especialmente los leoneses⁸. Ya no abandonaría la Alta Edad Media, a la que corresponden sus principales estudios de la década siguiente sobre el Fuero de León⁹, las *presuras* del obispo Odoario de Lugo¹⁰ y el fundamental sobre la *División de Wamba*, donde aclaró definitivamente la falsedad de este texto; más adelante completaría este trabajo con otros sobre historia eclesiástica¹¹.

Su obra más famosa es, sin duda, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, escrita en colaboración con los profesores Lacarra y Uría, ya concluida en 1945. Fue el resultado de una idea madurada desde 1932: «De Vázquez de Parga —escribe Lacarra— fue el plan de trabajo ... [y] aquellas partes que tienen una mayor trascendencia histórica internacional: el estudio de la historia de la peregrinación, los textos históricos y legendarios referentes a Santiago, itinerarios y relatos de viajeros y derivaciones artísticas». Medio siglo después, el libro permanece actual e imprescindible, como lo muestran las reediciones¹²; viene a ser el *Codex Calixtinus* de los medievalistas.

También estudió nuestro autor —me parece que fue el primero en hacerlo— la revuelta comunal de Compostela en 1116¹³. Y su traduc-

⁵ *Textos históricos en latín medieval (siglos VIII-XIV)*, Madrid, 1947. Y su «Latín Medieval. Ensayo de orientación bibliográfica», *RABM*, 56 (1950).

⁶ Vid. su informe, «El Repertorium Fontium Historiae Medii Aevi. Un nuevo Potthast internacional», *Hispania*, 89 (1963).

⁷ «La Biblia en el reino astur-leonés», *La Bibbia nell'Alto Medioevo*, X Settimana ... Spoleto, 1963, 257-280.

⁸ «Fueros leoneses inéditos», *AHDE*, 1930 (con José María Lacarra).

⁹ «El Fuero de León. Notas y avance de edición crítica», *AHDE*, 1944.

¹⁰ «Las presuras del obispo Odoario de Lugo», *Hispania*, 41 (1951), 635-680. Y su «Los obispos de Lugo-Braga en los siglos VII y IX», *Estudios ... Menéndez Pidal*, 1957, VII, 1.

¹¹ *La división de Wamba. Contribución al estudio de la historia y geografía eclesiásticas de la Edad Media española*, Madrid, 1943.

¹² *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1948-1949, 3 vol. Reed. en 1981 (Oviedo) y 1993 (Pamplona).

¹³ «La revolución comunal de Compostela en los años 1116 y 1117», *AHDE*, 1945.

ción de *las insignias de la realeza* de Schramm llamó la atención sobre un tipo de historia muy poco cultivado hasta entonces ¹⁴. Cuando ingresó en la Academia de la Historia, lo hizo con un discurso sorprendente por el profundo conocimiento que mostraba de la época y de sus fuentes de estudio: no era fácil acercarse a la mitificada figura de San Hermenegildo y conseguir un resultado de tanta calidad e interés ¹⁵.

Don Luis Vázquez de Parga nunca buscó la edición rápida ni la fama que pueden proporcionar escritos de gran difusión, ni llegar a grandes masas de lectores, y menos aún de oyentes. Sus títulos, desde los primeros hasta los últimos, así lo indican ¹⁶. La suya fue una vocación investigadora sin mezcla. Pero cuando un maestro se va marchan con él muchos saberes que no ha podido transmitir, y más en tiempos de incomunicación, desconocimientos y rupturas como son éstos: al repasar la obra de Vázquez de Parga, variada, fina, perfecta en sí misma, muchos experimentarán un sentimiento algo amargo por la pérdida del sabio de quien podrán haber aprendido indefinidamente. Este sentimiento se torna más profundo y triste en quienes conocimos a la persona y al amigo, porque atañe a vivencias y recuerdos que siempre llevaremos con nosotros.

JULIO CARO BAROJA (1914-1995)

Es grande, en los últimos tiempos, la influencia sobre muchos historiadores de los métodos de la antropología social y cultural y, sobre todo, de sus ideas y planteamientos sobre cómo abordar el estudio de realidades pasadas. Los antropólogos han tomado la iniciativa de bautizar como «antropología histórica» esta nueva perspectiva, que se diferencia de las que anteriormente parecían interesarles en que el objeto de estudio no es ya el «hombre salvaje» ni el «hombre cotidiano» actual sino el hombre común y la sociedad tradicional considerados en un tiempo histórico largo, el de la civilización europea anterior a las revoluciones contemporáneas, e incluso en sus reminiscencias presentes: la metodología histórico-cultural predomina sobre la funcionalista en este tipo de estudios.

¹⁴ P. E. SCHRAMM, *Las insignias de la realeza en la Edad Media española*, Madrid, 1960.

¹⁵ *San Hermenegildo en las fuentes históricas*, Madrid, 1973.

¹⁶ Dos ejemplos: «Algunas notas sobre el Pseudo Metodio y España», *Habis*, 2 (1971), 143-164, y la edición del *Tractatus de Ludo Scacorum*, Madrid, 1970.

Estas corrientes de investigación afectan a los medievalistas y en muchos aspectos se identifican con sus propios intereses. La novedad viene de París, una vez más —traída por J. Le Goff y J. Cl. Schmitt a la cabeza de un amplio elenco de autores— y, como tal, es recibida entusiásticamente aunque luego se demoren los resultados o sean débiles, porque hay que adaptar las expectativas a las posibilidades que ofrece nuestro panorama investigador. Pero ocurre en este caso que, además de recibir y valorar el influjo externo, sería conveniente conocer mejor lo que ya tenemos entre nosotros, y aquí surge la figura de Julio Caro Baroja, gigantesca y solitaria, como ejemplo de antropólogo cultural que ha utilizado fuentes históricas durante sesenta años, que ha escrito en un lenguaje inteligible —cosa que muchos antropólogos actuales parecen desdeñar en aras de un vocabulario cada vez más técnico-esotérico—, pero cuya obra sólo ha merecido de los historiadores «de oficio» una consideración marginal, no porque la minusvalorasen —por el contrario, es un autor leído y respetado—, sino porque no había integración habitual entre los temas que tocaba Caro Baroja y los que eran más frecuentes y propios de la historia que ellos escribían.

Hoy esta situación ha comenzado a cambiar. Los historiadores nos interesamos más por ese mundo cotidiano tradicional «que hemos perdido», en expresión de P. Laslett, pero hemos perdido también, por desgracia, a Julio Caro Baroja. Nos queda su obra: en ella los medievalistas no encontrarán mucho si buscan datos concretos, pues nuestro autor actuaba en el campo de la encuesta etnológica sobre el presente y en continuas incursiones hacia el pasado que se dirigían o bien a los siglos modernos o, en otros casos, a la Antigüedad, pero hallarán casi todo si lo que esperan son ideas, estímulos intelectuales, temas de estudio, sugerencias sobre métodos a seguir y cuestiones a plantearse. Su obra es un inmenso ventanal abierto hacia campos de la realidad social externos a nuestra especialidad estricta pero que fácilmente podemos interiorizar para enriquecer la sustancia del medievalismo con una corriente de investigación antropológica que, por ser autóctona, puede tener un interés mayor que otras en muchos casos.

La bibliografía de Julio Caro Baroja consta de unas 600 entradas, de las que casi un centenar son libros, que a veces recopilan trabajos anteriores. Me remito a la presentación detallada que ha hecho Antonio Carreira, en ordenación cronológica y clasificación detallada¹. Lo que importa ahora es indicar los múltiples campos de estudio cultivados por el

¹ «La obra de Julio Caro Baroja. Ensayo de clasificación temática», *Cuadernos Hispano-Americanos...* 1995. «Bibliografía de Julio Caro Baroja», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XXXI (1986), 247-290.

autor en los que los medievalistas se encontrarán a sí mismos y disfrutarán, además, de una lectura grata y apasionante. Podemos comenzar por las recopilaciones tituladas *Estudios sobre la vida tradicional española* (1968) y *Tecnología popular española* (1983), para continuar con su trilogía espléndida sobre la fiesta: *El Carnaval* (1965), *La estación del amor (Fiestas populares de mayo a San Juan)* (1979), *El estío festivo (Fiestas populares de verano)* (1984).

Seguiremos nuestro itinerario intelectual recordando sus clásicos estudios etnológicos: *Los pueblos del Norte de España* (1943), *Los Pueblos de España. Ensayo de Etnología* (1946), *Razas, pueblos y linajes* (1957). Caro se preocupó especialmente de su propio entorno y dedicó mucho trabajo a la etnología, el folklore y la historia vascas, como se refleja en los 19 volúmenes de sus *Estudios Vascos*, y en su obra *Los vascos. Etnología* (1949); algunos de estos trabajos tocan puntos de historiografía especialmente interesantes para nosotros, como el que dedicó a «Alonso de Palencia y los vascos» (*Los hombres y sus pensamientos*, 1989) o el titulado *Los vascos y la historia a través de Garibay (Ensayo de biografía antropológica)* (1972).

Pero nuestro autor era un vasco universal, un misionero —a su manera— de los que tan pródiga es aquella tierra, y se fundía con otros misioneros con los pueblos que estudiaba, tanto más cuanto más lejanos. Circunstancias que lo relacionaron con el hoy extinto y casi ignorado Instituto de Estudios Africanos, le llevaron a ocuparse del Sahara, y del Magreb occidental en trance de descolonización (*Estudios saharianos*, 1955. *Una visión de Marruecos a mediados del siglo XVI*, 1956. *Estudios mogrebíes*, 1957). A las encuestas y estudios sobre el terreno unió otro que manifiesta la eficacia de los métodos etnológicos aplicados a fuentes escritas: *Los moriscos del reino de Granada* (1957) fue una obra plenamente lograda y primera en su tiempo. En sus trabajos de tema andaluz está implícita la pregunta sobre la continuidad o, más bien, ruptura, con aquellos antecedentes culturales; es fácil hoy consultarlos en una reciente recopilación (*De etnología andaluza*, 1993).

La preocupación por lo religioso está presente en muchos libros de Julio Caro Baroja. No se entiende cómo habría podido ser antropólogo de otra manera. Sus estudios sobre la disidencia y la marginalidad religiosa tienen una importancia crucial por cuanto controbuyeron a conocer mejor, y a veces de manera muy polémica, el «corazón religioso» de la España moderna. Situamos aquí una de sus obras más conocidas, *Las brujas y su mundo* (1961) y una de las más discutidas, *Los judíos en la España moderna y contemporánea* (1961-62, 3 vol.), para continuar con varias recopilaciones algo heterogéneas: *Vidas mágicas e Inquisición* (1967, 2 vol.), *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*

(1968) e *Inquisición, brujería y criptojudasmo* (1970), donde incluye su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (*La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV*). Esta gama de estudios culmina en *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII* (1978).

El conocimiento histórico es un esfuerzo por romper con la interpretación mítica del pasado para establecer otra basada en la racionalidad y en la lógica de la demostración empírica, pero tropieza con el obstáculo imponderable de que el mito está en el corazón de la realidad social. *Mytos y Logos: ¿cómo podría un antropólogo permanecer ajeno a una cuestión que es la raíz misma de nuestras posibilidades cognitivas?* De una u otra forma se halla presente en todos los escritos de Caro Baroja, pero sobre todo de algunos: *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo* (1970), *Las falsificaciones de la Historia en relación con las de España* (1991). Y en los que dedicó a la figura y el pensamiento de filósofos e historiadores como Modesto Lafuente, José Ortega y Gasset, Manuel Gómez Moreno, Gregorio Marañón, Américo Castro, Ramón Carande o Luis García de Valdeavellano. A veces las semblanzas se contienen en obras de recopilación (*Vidas poco paralelas*, 1981. *Los hombres y su pensamiento*, 1989). Pero no se puede decir que fuera pródigo en este tipo de escritos ni que tuviera especial interés en relacionar su propia tarea publicística con las corrientes historiográficas que predominaban entre 1940 y 1980.

Y, al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito: no sé si Julio Caro haría suyo el verso de Antonio Machado pero sus lectores podemos hacer nuestra la segunda parte, que la primera no nos concierne. Él venía de una época hondamente preocupada por el ser de España y fue más allá de la expresión filosófica, literaria o ensayística de esa preocupación, buscando con el método etnológico respuesta a preguntas sustantivas sobre la intrahistoria, la historia profunda, la historia castiza, preguntas cuyo eco encontraba en las páginas de autores que formaron parte de un tiempo y una generación a la que Caro Baroja veneró en la persona de su tío. Encontró respuestas distintas de las que estaban implícitas en las preguntas antiguas y formuló así otras nuevas, pero esto es propio de toda aventura intelectual, la abre al futuro e integra en ella a quienes comenzamos siendo solamente lectores de su protagonista.

JOSÉ ANTONIO RUBIO SACRISTÁN (1903-1995)

Ha habido nombres señeros entre los historiadores españoles formados en las primeras décadas del siglo XX bajo el fuerte influjo de los modelos alemanes de su tiempo. Don Ramón Carande es, sin duda, el más conocido de ellos, y también, algo más jóvenes, don Ángel Ferrari, en el campo de la historia de la teoría política, y don José Antonio Rubio Sacristán, a quien se refieren estas líneas recordatorias. Sus estudios en Friburgo de Bisgovia —bajo la inspiración de H. Finke y G. von Below— le llevaron a doctorarse en 1926 con una tesis sobre Benedicto XIII y el concilio de Constanza; los madrileños en la Facultad de Derecho y en el Centro de Estudios Históricos, a elaborar otra, dirigida por Laureano Díaz Canseco, sobre los aspectos económicos y laborales en los fueros de la meseta septentrional. A comienzos de los años treinta amplió estudios de teoría económica en la Columbia University de Nueva York y en la London School of Economics.

Fue catedrático de Historia del Derecho desde 1929 hasta su jubilación, con un período de suspensión de empleo entre 1939 y 1947 que marcó una cesura en el rumbo de sus actividades profesionales e investigadoras. Desde sus primeros años como investigador mantuvo gran amistad personal y científica con don Ramón Carande y con don Luis García de Valdeavellano, y le preocupó, sobre todo, la cuestión de las relaciones entre Historia Económica y Teoría Económica, y la consideración de la Historia del Derecho en su perspectiva económica. Así se observa en sus colaboraciones y reseñas en los primeros números del *Anuario de Historia del Derecho* (años 1927 a 1932), en especial en su estudio sobre las *donationes post obitum* y *donationes reservato usufructu*¹ y en la investigación que emprendió sobre la banca en Castilla desde el siglo XIV hasta el «eclipse y mutación del siglo XVII»: los materiales acumulados antes de 1936 se perdieron y Rubio Sacristán no llegó a rehacer y publicar su proyecto, del que sólo editó un breve aspecto, años después².

En los primeros años cuarenta publicó aún dos trabajos importantes: una excelente traducción de *La cultura del Renacimiento en Italia* de Jacob Burckhardt (Madrid, 1941), y un estudio sobre la obra de Werner

¹ «*Donationes post obitum* y *Donationes reservato usufructu*, en la Alta Edad Media de León y Castilla», *Anuario de Historia del Derecho Español*, IX (1932), 1-32.

² «La fundación del Banco de Amsterdam (1609) y la Banca de Sevilla», *Moneda y Crédito*, 24 (1948), 3-31.

Sombart³ que se cuenta entre lo mejor, y más temprano, escrito en español acerca de este grande y polémico teórico del sistema capitalista europeo. Posteriormente, Rubio Sacristán, aunque volvió a la actividad universitaria, empleó su tiempo en campos distintos del investigador pero siguió siendo un gran lector y conocedor de la historiografía alemana. Así lo demostraba en publicaciones escasas y excelentes, como la que dedicó a las relaciones recíprocas entre Historia Económica y Teoría Económica, en 1956 (Bilbao, 1957), o en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia⁴, donde hizo un análisis muy sugestivo sobre la renovación de los estudios históricos en Alemania occidental después de 1945.

La obra publicada de Rubio Sacristán nos enseña sobre cuestiones históricas de importancia duradera. Su vida, sobre un tiempo pasado con evocaciones de Pedro Salinas y Federico García Lorca, sobre un amanecer fecundo de la historiografía española, que atrajo a personas de gran calidad. Los frutos del trabajo de aquella generación, con ser muchos, habrían sido mayores y más abundantes si no se hubieran interpuesto las circunstancias adversas y destructivas de las guerras española y mundial.

EMILIO GARCÍA GÓMEZ (1905-1995)

La personalidad fuerte, brillante y polifacética de don Emilio García Gómez se manifestó desde los primeros escritos de su temprana juventud, a los quince años, hasta las últimas y lúcidas intervenciones como director de la Real Academia de la Historia, en las postrimerías de su vida, cuando todavía le escuchábamos en conferencias y charlas: hablaba de manera cristalina, hilando su discurso sin notas, con precisión y belleza soberanas. No pretendo escribir aquí sobre recuerdos pues otros que le conocieron mucho mejor lo han hecho ya¹, y todos coinciden en señalar esa chispa prodigiosa de lo excepcional que acompañaba a su persona —cultivó campos magníficos de sociabilidad y amistad en círcu-

³ «Werner Sombart y la teoría histórica de la Economía», *Revista de Estudios Políticos*, I (1941), 487-515.

⁴ *Una crisis en la ciencia histórica*, Madrid, 1987. (Contiene referencia de todas sus publicaciones.)

¹ Bibliografía completa en JOAQUÍN VALLVÉ, en *Al Qantara*, VI (1985), 12-13, y en *boletín de la Real Academia de la Historia*, 2-1995.

los y con personas de gran valía— y a sus trabajos, donde la capacidad de organización práctica se fundía con el conocimiento pleno del árabe y del latín y con una elegancia literaria y poética sin par.

Obtuvo la cátedra de Lengua Árabe de la Universidad de Granada en junio de 1930, después de completar su formación en la Universidad de Madrid, en Egipto y Siria. Fue el gran impulsor de la creación de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, junto con su maestro don Miguel Asín Palacios, al que sucedió en la cátedra madrileña en 1936, y de aquellos trabajos nació la revista *Al Andalus*, exponente máximo del arabismo español: como hija intelectual suya la consideró y a ella dedicó todos sus desvelos hasta 1979.

Don Emilio permaneció en la Universidad de Madrid hasta la jubilación, en 1975, salvo los once años en que ejerció como Embajador de España en Iraq, Líbano y Turquía (1959-1969). Fue miembro numerario de la Real Academia de la Historia desde 1943 y de la Española a partir de 1945. No le faltaron sinsabores en vida, pues en el arabismo —como en otras especialidades— confluían saberes y personas de perfiles fuertes, pero me parece que mucho más abundaron las amistades y los reconocimientos de su valía, siempre merecidos. Terminó sus días siendo conde de los Alixares, por honra que el Rey le quiso hacer, y así vino a acabar donde comenzó su gran obra, contemplando Granada —*Granada la noblecida*— con los ojos de su inteligencia poética puestos en el espejo del *Romancero*, desde un ajimez de aquellos castillos ideales, altos, relucientes, *labrados a maravilla*.

Pero descendamos al plano prosaico de la realidad: los Alixares eran unas casas de reposo y granjas anexas a La Alhambra que fueron destruidas por un terremoto en 1453. Sin llegar a tales excesos telúricos, los medievalistas harán bien si consigue disociar algo los dos planos en que se manifiesta la obra de García Gómez para disfrutar al tiempo de su elevada calidad literaria y de sus concretas aportaciones al conocimiento histórico, hechas siempre desde la perspectiva de un lingüista que poseía sólidas ideas históricas generales sobre España procedentes a menudo de otros autores. Su celo de arabista y sus convicciones le llevaban a integrar la época andalusí en la historia española —cosa que era novedad entonces— buscando en la literatura de Al Andalus supuestas o reales constantes temáticas y caracterológicas de lo español, e influjos y modelos que habrían sobrevivido en la España moderna. No callaré que este punto de vista, casi siempre muy sugestivo, puede llevar a conclusiones equívocas si se extrema el idealismo de su planteamiento, pero, sin duda, el estudio de las «formas de vida espiritual», de su transmisión y permanencia en el marco de la cultura española es siempre un tema de estudio de primera importancia.

Don Emilio fue el gran maestro en la traducción y estudio de *Poemas árabe andaluces*. Así se tituló una de sus primeras obras, a la que siguieron otras: los breves artículos de *Silla del Moro* (1936), *Cinco poetas musulmanes* (1944), donde se incluye su estudio magistral sobre *Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra*, que fue discurso de ingreso en la Academia de la Historia, *Poemas árabes en los muros y fuentes de la Alhambra* (1985), *Foco de antigua luz sobre la Alhambra desde un texto de Ibn al-Jatib* (1988). Su edición de *El Collar de la Paloma* de Ibn Hazm (1952), precedida por estudios parciales anteriores, fue un acontecimiento cultural, al que contribuyó el prólogo escrito por Ortega y Gasset. Por entonces, García Gómez comenzó a publicar sobre las *jarchas*, afirmando la existencia de una lírica romance andalusí, frente a otras interpretaciones; editó su versión poética (*Las jarchas romances de la serie árabe*, 1965) y continuó en la tarea y en la polémica hasta sus últimos años («El escándalo de las jarchas en Oxford», 1993). Otra de sus obras cumbres fue la traducción de la poesía de Ben Quzmán, tras cuarenta años de estudio (*Todo Ben Quzmán*, 1972. *El mejor Ben Quzmán en 40 zéjeles*, 1981).

Los medievalistas de ámbito hispanocristiano conocen, especialmente, su traducción y estudios introductorios a la gran Historia de la España Musulmana escrita por E. Lévi-Provençal, de quien fue amigo y colaborador, publicada en el seno de la *Historia de España* que dirigía don Ramón Menéndez Pidal (IV y V. 1950 y 1957). Y han manejado su traducción de los *Anales Palatinos del califa de Córdoba al-Hakam II*, así como ese relato apasionante sobre la vida en la España de finales del siglo XI que son las memorias del último rey zirí de Granada, 'Abd Allah (*El siglo XI en primera persona*). Fue esta obra fruto también de su colaboración con Lévi-Provençal, así como otra traducción, muy anterior, con la que han aprendido y disfrutado generaciones de medievalistas: me refiero al tratado de *hisba* de Ibn 'Abdún (*Sevilla a comienzos del siglo XII*).

La obra escrita de don Emilio García Gómez no se ha publicado aún completa: hay noticia de sus traducciones de Aben Tofail (*El filósofo autodidacto*), de Horacio y Virgilio... Es obra densa y extensa, pues a los títulos principales que he citado habría que añadir muchos otros, publicados casi siempre en *Al Andalus*. Es inspiradora —como lo fue su autor para cuantos se acercaron a él con ánimo de aprender— y añade a su calidad una belleza que la hará perdurable.

MIGUEL-ÁNGEL LADERO QUESADA

IN MEMORIAM

WALDO MERINO RUBIO

El 6 de febrero de 1995 nos ha dejado para siempre don Waldo Merino Rubio, una institución en el panorama cultural de León a lo largo de su dilatada carrera. Había nacido el 28 de enero en la localidad palentina de Cervera de Pisuerga. Primogénito de una numerosa familia compuesta de diez hermanos, era hijo de un abogado, de quien heredó su interés por las Leyes, cuya licenciatura y doctorado obtuvo en la Universidad Complutense de Madrid. Aquí cursó también la licenciatura de Filosofía y letras, en cuyo último curso conoció a la que sería su esposa, doña Romana Fernández Gallo. Obtuvo por oposición la cátedra de Francés, siendo destinado a Avilés, donde ejercía su profesión al estallar la guerra civil de 1936 a 1939. Finalizada ésta, se traslada a León, su segunda patria, pues aquí permanecería hasta su muerte. Obtiene la cátedra de Inglés en la Escuela de Comercio, y la de Francés en la Escuela de Magisterio, materias que imparte hasta su jubilación. Su vasta cultura y enorme erudición le convirtieron en un humanista, que se proyectó en un amplio abanico de intereses científicos. Sus profundos conocimientos filológicos le permitieron realizar una acabada y densa investigación sobre toponimia de los pueblos de la provincia de León.

Junto a su pasión por la Filología, desarrolló una gran labor en el campo de la Historia, desde la Edad Antigua hasta el momento actual. Su libro sobre *La Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén en la ciudad de León entre 1122 y 1490*, en colaboración con el Dr. don Luis Fernández Picón, ha sido traducido al francés. La colaboración para la revista *Tierras de León* (junio 1972), titulada *León en el siglo xv*, representa una sólida aportación científica en el campo socio-económico de dicha centuria, bajo cuyo prisma analiza variados aspectos en el campo artístico. Precisamente su tesis doctoral versó sobre arquitectura de dicho siglo: *Arquitectura hispano-flamenca en León*, bajo la dirección del Prof. Dr. D. José M.^a de Azcárate y Ristori, acreedora de la máxima calificación de sobresaliente *cum laude*. Premiada por la Institución «Fray Bernardino de Sahagún» para tesis doctorales, en el campo de Ciencias del Espíritu, fue publicada en 1974. Es libro imprescindible para todo estudioso que desee profundizar en dicho capítulo, para cuya investigación exhumó multitud de documentos inéditos, enriqueciendo considerablemente el Catálogo Monumental de don Manuel Gómez Moreno.

De su biblioteca, que constaba de una nutridísima y variada colección de títulos, hizo generosa donación a la Excma. Diputación Provin-

cial de León, quien patrocinó su última publicación, *Los orígenes del Régimen Constitucional y la resistencia leonesa a Napoléon*. La gruesa documentación acopiada a lo largo de su dilatada vida profesional la donó al Archivo Provincial de León.

Sus inquietudes científicas se plasmaron en su asistencia y participación en numerosos congresos. Fue miembro de la Sociedad Española de Amigos de los Castillos, y de nuestra Sociedad Española de Estudios Medievales, a cuyas Asambleas anuales concurrió repetidas veces acompañado de su esposa.

Quienes le hemos conocido y admirado, le lloramos, pero su labor científica y humana permanece entre nosotros.

M.^a ÁNGELA FRANCO MATA